

táculo que ofrecía la flota inglesa en la rada de Sheerness, próxima á Southampton.

El pasajero en cuestion era un hombre cano, silencioso y que contemplaba el mar. Iba de pié cerca del timonero.

El *Normandy* habia salido de Guernesey á las diez de la mañana, y á las tres de la tarde se acercaba á las Needles, que marcan el extremo Sur de la isla de Wight; aperciábase la arquitectura salvaje del mar y sus colosales puntas de greda, que salian del Océano como campanarios de prodigiosa catedral engullida, y al ir á entrar en el rio de Southampton, el timonero empezó á maniobrar á babor.

El pasajero estaba observando esta maniobra cuando oyó que le llamaban por su nombre; se volvió y vió ante él al capitán del navío.

—¿Es cierto que deseais, caballero, ver la flota inglesa?

El pasajero no habia expresado este deseo, pero habia oido á algunas señoras que estaban á su alrededor tener curiosidad de verla, por lo que se limitó á contestar:

—Creo, capitán, que no llevais ese itinerario.

—Le llevaré si lo deseais, respondió el capitán.

Sorprendido el pasajero, le preguntó á su vez:

—¿Sereis capaz de cambiar de derrotero?

—Sí.

—Por complacerme?

—Sí.

—Un buque francés no haria eso por mí.

—Pues lo que no haria un buque francés, lo hará un navío inglés.

Después añadió:

—Únicamente, para salvar mi responsabilidad ante los jefes, deseo que expreséis en mi cartera con vuestra firma que habeis tenido ese deseo.

Diciendo esto presentó la cartera al pasajero, que escribió lo siguiente, dictándole el capitán: "Deseo ver la flota inglesa."

Poco después el navío oblicuaba á estribor, dejando á la izquierda las Aiguilles y el rio de Southampton, y entraba en la rada de Sheerness.

Efectivamente, el espectáculo era digno de verse; todas las baterías de los buques mezclaban el humo y los truenos. Las siluetas de los navíos macizos y acorazados se escalonaban, unas detrás

de otras, en la bruma rojiza en vasta confusión.

El *Normandy* pasaba por entre medio de las elevadas sombras, entre inmensa gritería de hurras, y esta carrera á través de la flota inglesa duró más de dos horas.

Hacia las siete, hora en que el *Normandy* llegó á Southampton, estaba ya empavesado.

Uno de los amigos del capitán Harvey, M. Rascol, director del *Correo de Europa*, le esperaba en el puerto, y le causó asombro ver el navío empavesado.

—¿Por qué le habeis puesto de gala, capitán? Por el kedive?

—Por el proscrito, respondió el capitán.

Por el proscrito debe traducirse: *Por la Francia*.

No hubiéramos referido este hecho si no hubiera dado singular grandeza al fin del capitán Harvey, como vamos á referir.

Tres años después de la revista de la flota, al poco tiempo de haber remitido al pasajero que transportó el mes de Julio de 1867 una exposicion de los marinos de la Mancha, la noche del 17 de Marzo de 1870, el capitán Harvey hacia su pasaje habitual desde Southampton á Guernesey y espesa bruma cubria el mar. El capitán, de pié en el buque, maniobraba con precaucion, porque era de noche y habia gran niebla. Los pasajeros dormian.

El *Normandy* era un navío de gran cabida, quizás el mejor buque correo de la Mancha, de setecientas toneladas, de doscientos veinte piés ingleses de longitud, de veinticinco de latitud; como decian los marinos, era jóven; no habia cumplido aun siete años. Le construyeron en 1863.

Habia salido del rio de Southampton y se encontraba en alta mar; como la niebla se hacia densa, avanzaba lentamente. Eran las cuatro de la madrugada.

La oscuridad era tan completa que envolvía al navío, del que apenas se veian los extremos de los mástiles.

Nada es tan terrible como los navíos ciegos caminando de noche.

De repente surge de la bruma un objeto negro, fantasma, montaña ó promontorio de sombra, corriendo por entre la espuma y agujereando las tinieblas. Era el buque de hélice la *Mary*, que venia de Odessa y que iba á Grimsby,

llevando un cargamento de quinientos toneles de trigo; iba con enorme velocidad, arrastrando inmenso peso. La *Mary* corria derecho hacia el *Normandy*.

No hay medio de evitar este abordaje, porque entre la niebla los buques llevan extraordinaria velocidad. Se encuentran casi sin ver que se aproximan; cuando se les vé, ya se tiene encima la catástrofe.

La *Mary*, corriendo á todo vapor, se lanzó de lleno sobre el *Normandy* y lo desbarrigó. La fuerza del choque la paró y la dejó averiada.

Llevaba el *Normandy* veintiocho hombres de tripulacion, una mujer de servicio y treinta y un pasajeros, de los que doce eran mujeres.

La sacudida que sufrió el buque fué espantosa. Al instante se vieron en el puente los hombres, las mujeres y los niños semidesnudos, corriendo, gritando y llorando. El agua entraba furiosa por todas partes. El fogón de la máquina, invadido por las olas, resollaba agonizando. El capitán Harvey, de pié al lado del timon, gritó:

—Silencio y escuchadme todos. Echad las lanchas al mar; que entren en ellas, primero las señoras pasajeras, después los pasajeros y luego la tripulacion. Hay que salvar sesenta personas.

El buque llevaba sesenta y una, pero el capitán no se contaba.

Pusieron las lanchas en el mar, y todos precipitadamente querian saltar á un tiempo: esta precipitacion podia hacer zozobrar las canoas.

Ockleford, que era el teniente, y los tres contramaestres, Godwin, Bennett y West, contuvieron á la multitud, que estaba espantada de terror. Causa verdaderamente pánico estar durmiendo y despertarse de repente para morir.

Sin embargo, á los gritos y al tumulto dominó la voz terrible del capitán, y en la oscuridad se oyó este breve diálogo:

—Mecánico Locks!

—Capitán!

—Cómo está el fogón?

—Ahogado.

—Y el fuego?

—Completamente extinguido.

—Y la máquina?

—Muerta.

—Teniente Ockleford! gritó el capitán.

—Presente, respondió el teniente.

—¿De cuántos minutos podemos disponer?

—De veinte.

—Tenemos bastante tiempo. Que se embarquen todos por turno. Teniente Ockleford, conservais las pistolas?

—Sí, mi capitán.

—Saltad la tapa de los sesos al hombre que quiera pasar delante de las mujeres.

Todos se callaron; nadie resistió á esta orden, comprendiendo el alma noble del capitán.

La *Mary* entre tanto habia echado al mar sus lanchas y acudia á socorrer al naufragio que involuntariamente habia causado.

La operacion de salvar á los naufragos se verificó con orden y casi sin lucha.

Harvey, impasible en su sitio de mando, dominando á la multitud, la dirigia, ocupándose de ella y organizando hasta cierto punto la angustia general, como si diera órdenes á la catástrofe; parecia que le obedeciera el naufragio.

Hubo un momento en que gritó:

—Salvad á Clemente!

Clemente era un niño, era el grumete del buque.

El navío iba hundiéndose lentamente en la profundidad del mar.

Se apresuró todo lo posible el vaivén de las lanchas entre el *Normandy* y la *Mary*.

—Apresuraos! gritó el capitán.

A los veinte minutos el navío se hundió.

El capitán Harvey, siempre de pié en su sitio de mando, no hizo un gesto, no dijo una palabra, é inmóvil se hundió en el abismo. Se le vió á través de la sinistra bruma sepultarse en el mar.

Así terminó la vida del capitán Harvey. ¡Que reciba en este libro el adios que le envia el proscrito!

Ningun marino de la Mancha le aventajaba. Vivió cumpliendo toda su vida sus deberes de hombre y murió como un héroe.

X.

El proscrito no odia al proscritor, pero le combate sin tregua, no como enemigo personal, sino como enemigo público. La cólera del hombre honrado no pasa de los límites de lo preciso. El proscrito execra al tirano y desconoce su personalidad; cuando la conoce, solo la ataca proporcionalmente á su deber.

En caso necesario el proscrito sabe hacer justicia al que le proscribiera, si éste es hasta cierto punto escritor, y le recono-

ce sus títulos. Es incontestable, dicho sea de paso, que Napoleón III es un académico de circunstancias; por deferencia sin duda, durante el imperio bajó la Academia su nivel, para que el emperador pudiera entrar en ella, y su majestad se creyó, entre los pares literarios, equivar á cualquiera de los cuarenta.

En la época en que se anunció la candidatura del emperador para ocupar un sillón vacante, un académico, amigo nuestro, queriendo hacer justicia á un tiempo al historiador de César y al hombre del 2 de Diciembre, redactó de este modo su voto: "Voto por que se admita á M. Luis Bonaparte en la Academia y en el presidio".

Como ven nuestros lectores, el proscrito hace todas las concesiones posibles; solo es absoluto é inflexible bajo el punto de vista de los principios.

Cuando se trata de éstos deja de ser hombre práctico, como se dice en la fraseología política. Por eso se resigna á todo, á las violencias, á las injurias, á su ruina y al destierro. Su orgullo consiste en decir la verdad desnuda.

Lo verdadero tiene dos nombres; los filósofos le llaman ideal y los hombres de Estado quimérico. No creemos que los hombres de Estado tengan razón. Si se les cree, todos los consejos que pueden darse al proscrito son "quiméricos", porque admitiendo, según ellos dicen, que dichos consejos sean prudentes, no son realizables.

Examinemos esta cuestión.

Concedámosles que el proscrito sea un hombre quimérico. Es un visionario ciego cuando mira lo absoluto, y ciego completamente cuando mira lo relativo. Es buen filósofo y mal político. Si se realizaran sus ideas nos hundiríamos en el abismo. Honrados son sus consejos, pero nos arrastrarían á la perdición. Sus principios son razonables, pero practicarlos es imposible, porque los hechos desmienten los principios.

Examinemos los hechos.

Vencen á John Brown en Hasper's Ferry. Los hombres de Estado dicen: "Ahorcadle". El proscrito dice: "Respetad su vida". Ahorcan á John Brown y la Unión se disloca y estalla la guerra del Sur. Economizando la sangre de John Brown se hubiera economizado la sangre de América. Bajo el punto de vista del hecho, ¿quién tiene razón, los hombres prácticos ó el hombre quimérico?

Segundo hecho. Maximiliano es venci-

do y se apoderan de él en Querétaro. Los hombres prácticos dicen: "Fusiladle". El hombre quimérico dice: "Perdonadle". Fusilan á Maximiliano, y esto basta para empequeñecer un propósito inmenso. La heroica lucha de Méjico pierde el gran mérito de la clemencia. Si hubieran salvado la vida á Maximiliano, Méjico hubiera sido en lo sucesivo inviolable, y esa nación, que deseaba conseguir su independencia por medio de la guerra, hubiera establecido su soberanía por medio de la civilización. También en este caso acierta el hombre quimérico.

Tercer hecho. Isabel II acaba de ser destronada. ¿Qué vá á haber en España, República ó Monarquía? "Monarquía", dicen los hombres de Estado. "República", dice el proscrito. Los hombres prácticos no hacen caso del hombre quimérico y prevalecen. España queda siendo monárquica. Cae de Isabel en Amadeo y de Amadeo en Alfonso, esperando que llegue D. Carlos. Esto solo interesa á España; pero ved ahora lo que interesa al mundo. Esa monarquía, que vá en busca de un monarca, sirve de pretexto á Hohenzollern y trae la emboscada de la Prusia, la derrota de Francia en Sedán, la vergüenza y el nebuloso porvenir. Si España hubiera sido republicana, no hubiera dado motivo para el pretexto de Hohenzollern y no hubiera producido las catástrofes que sobrevinieron. Luego era prudente el consejo del proscrito.

Esto se conocerá el día que todos se convenzan de la extraña evidencia de que la verdad no es imbécil, de que el espíritu de compasión y de libertad es conveniente, y de que solo es fuerte el hombre que no se separa nunca del derecho. ¿El que piensa de este modo es ciego ó vé claro?

XI.

En Diciembre de 1851, cuando el autor de este libro llegó al extranjero, se le hizo muy difícil vivir y ganar la vida. En el destierro es donde verdaderamente se siente el *res augusta domi*.

Este ligero bosquejo de "lo que es el destierro", no sería completo si no se indicara de paso y con la sobriedad conveniente la parte material de la existencia del proscrito.

De lo que el desterrado poseía solo le quedaron siete mil quinientos francos de renta anual. Quedó suprimido el producto que en el teatro le daban sus obras dramáticas, que antes le producían se-

senta mil francos cada año. La venta de su mobiliario en almoneda no llegó á producirle trece mil francos, y tenía que mantener nueve personas.

Tenia que gastar en cambiar de sitios, en viajes, en menajes nuevos, en remediar las necesidades de un grupo que le seguía; tenía que atender á lo inesperado de una existencia arrancada desde entonces de su país y que era juguete de todos los vientos. Necesitaba conservar la dignidad de la vida y conseguir que á su alrededor nadie sufriera. Por eso necesitó dedicarse inmediatamente al trabajo.

La primera casa que habitó en el destierro fué Marine-Terrace, y la alquiló por el moderado precio de mil quinientos francos cada año.

El mercado francés se cerró para sus publicaciones.

Sus primeros editores belgas imprimieron todos sus libros sin darle ninguna cuenta, exceptuando la obra *Napoleón el Pequeño*. Los *Castigos* costaron al autor dos mil quinientos francos; de esta suma, que confió al editor Samuel, no ha podido reembolsarse. El producto total de las ediciones de *Los Castigos* lo han confiscado los editores extranjeros durante diez y ocho años.

Los diarios realistas ingleses elogiaban sin cesar la hospitalidad inglesa, lo mismo que la hospitalidad belga; pero la hospitalidad inglesa solo manifestaba su afecto á los libros que escribían los desterrados; los reimprimía, los publicaba y los vendía á beneficio de los editores. La hospitalidad inglesa para con el libro llegaba hasta el extremo de olvidarse del autor. Sus leyes, que forman parte de la hospitalidad británica, les permiten esta clase de olvido. El deber del libro consiste en dejar morir de hambre al autor y en enriquecer al editor. Los *Castigos*, sobre todo, se han vendido y se venden aun en Inglaterra para que únicamente saque provecho de ellos el librero Jeffs. El teatro inglés no era menos hospitalario para las obras francesas que la librería inglesa para los libros franceses. Jamás pagó derechos el *Ruy Blas*, que se representó en Inglaterra más de doscientas veces.

Como se vé, no sin motivo la prensa realista y bonapartista de Lóndres reprochaba á los proscritos de abusar de la hospitalidad inglesa. Dicha prensa ha llamado con frecuencia *avaros* al que escribe estas líneas.

Estos detalles forman parte del destierro.

XII.

Pero este desterrado todo lo sufre con paciencia, porque consiguió poder trabajar y ganarse la vida para él y para los suyos. Conoce que no es ningún mérito ser proscrito y ser honrado, porque el proscrito es un hombre honrado que persiste en la honradez. Esto es todo. Cumplir un deber.

Hay que confesar, sin embargo, que hay épocas en que es rara esta persistencia, pero esta rareza empequeñece á la época, mas no añade más valor al hombre honrado.

La honradez, así como la virginidad, están por encima de los elogios. No es mérito en el armiño ser blanco.

El representante que está proscrito por defender al pueblo realiza un acto de probidad, porque prometió defenderle y cumple su promesa y vá más allá de lo prometido, procediendo como hombre escrupuloso. Para esto el mandato imperativo es inútil; el mandato imperativo comete un error designando con una frase degradante una cosa noble, como es la aceptación del deber; además omite lo esencial, que es el sacrificio; el sacrificio, que es necesario cumplir, pero que no se debe imponer. La obligación es recíproca; la mano del elegido debe estrechar la mano del elector; el mandante y el mandatario se dan mutuamente palabra, éste de defender á aquel, el mandante de sostener al mandatario; deben ser dos derechos y dos fuerzas confundidas: siendo esto así, el representante debe cumplir su deber y el pueblo el suyo. Es una deuda de la conciencia que deben pagar las dos partes. El representante debe sacrificarse hasta el punto de ir desterrado, pero este contrato debe obligar también al pueblo.

El representante honrado lo cumple, y debe ir, y vá hasta donde se lo permitan el honor y la conciencia; si encuentra algun precipicio y cae, debe resignarse.

XIII.

Resumamos.

La existencia en el destierro ofrece cierta variedad de aspectos: vida agitada si se mira al destino y tranquila si se mira al alma, es la que ha pasado desde 1851 á 1870 el ausente, que dá cuen-

tas hoy á su país de su ausencia por medio de la publicación de este libro. Está ausente de su patria diez y nueve años y nueve meses. ¿Qué es lo que ha hecho durante tanto tiempo? Ha procurado no ser inútil. En su dolorosa ausencia, las miserias han venido á buscar al miserable y los naufragos á pedir socorro al naufrago. No sólo los individuos, sino los pueblos; no sólo los pueblos, sino las conciencias; no sólo las conciencias, sino las verdades. Consiguió desde lo alto de su escollo tender la mano al ideal caído en el abismo, y le pareció que en ciertos momentos el porvenir derrotado trataba de abordar su escollo. ¿Qué significa él, sin embargo? Muy poco, un esfuerzo vivo. ¿Pero qué significa una voluntad firme luchando contra fuerzas perversas conjuradas y triunfantes? Nada, si representa el egoísmo; pero mucho, si representa el derecho.

Posición inexpugnable resulta de profunda caída; basta para ello que el hombre derribado sea un hombre justo; como tenga razón, es conveniente que esté hundido, arruinado y calumniado, porque en ese caso es todopoderoso. Es indomable teniendo de su parte la justicia; es invencible teniendo de su parte la realidad. Constituye una gran fuerza no ser nada. Esa es la mejor condición para el combate. Es ser invulnerables luchando de este modo sin armadura. No hay situación tan alta como la de haber caído por defender la justicia. Faz á faz del emperador se yergue el proscrito. El emperador suplanta, el proscrito condena; aquel dispone de los Códigos y de los jueces, y éste dispone de las verdades. Es conveniente haber caído. La caída del que vivió en la prosperidad le proporciona la autoridad; el poder y la riqueza embarazan constantemente; cuando os abandonan, os quitais su peso y os sentís libre y dueño de vuestras acciones; nada os molesta en lo sucesivo; se le permite todo al que todo se le prohíbe, y no estais obligado á ser académico ni parlamentario. El poder del proscrito se compone de dos elementos: el primero, que lo forma la injusticia del destino que sufre, y el segundo la causa de la justicia que defiende. Estas dos fuerzas contradictorias se apoyan la una en la otra y constituyen la situación formidable que puede resumirse en estas dos palabras:

Fuera de la ley, dentro del derecho.

El tirano que os ataca tiene por primer adversario su propia iniquidad, esto

es, él mismo, y por segundo adversario la conciencia, esto es, Dios.

Ciertamente el combate es desigual y la derrota del tirano es segura.

Esas son las realidades que en las primeras páginas de esta introducción hemos tratado de expresar de este modo:

El destierro es el despojo del derecho.

XIV.

El autor de este libro, por todo lo que ha alegado hasta aquí, está durante diez y nueve años satisfecho y triste: satisfecho de sí mismo, triste por los demás; satisfecho de ver que procede con honradez; triste porque el crimen, con extensión indefinida, propagándose de alma en alma, se ha apoderado de la conciencia pública y ha concluido por llamarse la satisfacción de los intereses. Le indigna y le abate la desgracia nacional que se llamaba la prosperidad del imperio. Las alegrías de la orgía son miserables. La prosperidad que dora un crimen es engañosa é incuba una calamidad. El huevo del 2 de Diciembre es Sedán.

Estas amarguras del proscrito le traían deberes que cumplir. Representaba al porvenir y denunciaba en medio del aturdimiento de las fiestas la aproximación de las catástrofes, porque oía los pasos de los acontecimientos, que los que son dichosos no oyen. Las catástrofes llegaron, con la doble fuerza de impulsión que las imprimían Bonaparte y Bismarck; una emboscada vengó á la otra. En una palabra, cayó el imperio, pero la Francia se levantará: diez mil millones y dos provincias nos cuesta el rescate. Es muy caro y tenemos derecho á ser reembolsados. Mientras llega esa ocasión vivamos tranquilos, ya que hemos conseguido desprendernos del imperio. Nuestra situación ha mejorado. Prefiero ver á la Francia mutilada por un hecho de fuerza que empequeñecida por el deshonor. Esa es la diferencia que hay entre la llaga y el virus; nos curamos de la llaga, pero moriremos de la peste. El imperio hubiera hecho organizar á la Francia; se hubiera evaporado la vergüenza y Francia hubiera muerto; hoy ha vomitado la vergüenza y vivirá. El pueblo se ha quedado ahora sano y robusto, después que ha conseguido escupir el 18 Brumario y el 2 de Diciembre.

En la soledad donde el proscrito reflexionaba sobre el porvenir estaba sereno, pero severamente preocupado, y sus desalientos se confundían con sus espe-

ranzas. Se apoderaba de él la melancolía de la desgracia pública y al mismo tiempo la alegría altiva de estar proscrito, porque conocía que su destierro le hacía poderoso.

Una bula dice, refiriéndose á Lutero, que á pesar de estar excomulgado era indomable: *Stat coram pontifice sicut Satanás coram Jehovah.* La comparación es exacta y el proscrito lo reconoce. Por encima del silencio á que estaba condenada la Francia, por encima de la tribuna aplastada, por encima de la prensa amordazada, el proscrito, libre como el Satanás de la verdad ante el Jehová de la mentira, pudo tomar la palabra y la tomó. Entonces defendió el sufragio universal contra el plebiscito, al pueblo contra la chusma, á la gloria contra los bravos, á la justicia contra el juez, á la antorcha contra la hoguera y á Dios contra el sacerdote. De estas defensas sale el prolongado grito que llena este libro. De todas partes acudían á su autor las angustias y las quejas, porque sabían que él no retrocedía jamás ante el cumplimiento de ningún deber. Los oprimidos le consideraban como al acusador público del crimen universal, y le bastó para aceptar esta misión tener alma, y para cumplirla tener voz; ha sido, pues, un alma proba y una voz libre. Oyó esos llamamientos y respondió desde el fondo de su soledad. En este libro constan. Está orgulloso de la felicidad de haber pasado en la proscripción veinte años y de haber combatido frente á frente, él, que vivía solitario, á las multitudes; él, que estaba desarmado, á las legiones; él, que es soñador, á los asesinos; él, que estaba desterrado, á los déspotas; él, que es átomo, á los colosos; disponiendo solo de una fuerza, de un rayo de luz. Esta luz, como ya dijimos, es el derecho, es el derecho eterno.

Dá gracias á Dios por haber vivido esta vida honrosa durante el tiempo en que los cuarenta años llegan á sumar sesenta. Estuvo abandonado, injuriado y proscrito, pero él no abandonó á nadie. Reconoció la excelencia del desierto, que es donde suenan los ecos, que es donde suenan los clamores de los pueblos. Mientras que los opresores proseguían su ínicua tarea, no perdiéndole de vista, trabajaba en pró de la humanidad.

En su aislamiento tuvo la satisfacción de ser apreciado y querido, y aunque el odio le perseguía, sombrío cariño brillaba en su soledad; sintió el profundo calor del pueblo afectuoso y triste y abrirse á

su lado los corazones. Le amaron de lejos y de cerca. Tuvo á su alrededor intrépidos compañeros de destierro, obstinados en cumplir el deber, tercios para defender lo justo y lo verdadero, que combatían indignados y con la sonrisa en los labios; al ilustre Vacquerie, al admirable Paul Meurice, al estóico Schœlcher, á los valientes Ribeyrolles, Dulac y Kesler, y á vosotros, hijos míos, Carlos y Víctor.

XV.

El proscrito no quiere terminar esta introducción sin declarar que, á pesar de la larga noche de su destierro, no ha perdido de vista á Paris ni un solo instante.

Quiere que así conste, y habiendo vivido tanto tiempo en la oscuridad, ha adquirido el derecho de hacerlo constar hasta en el mismo oscurecimiento de la Europa, hasta en la misma ocultación de la Francia, porque Paris no se eclipsa nunca: Paris es la frontera del porvenir. Paris encierra toda la cantidad de Mañana que puede entreverse Hoy.

XVI.

Ver á los que viven en esa ciudad grandiosa causa al espíritu dolorosa emoción. No existe centro tan vasto ni perspectiva tan inquieta y tan sublime. Los que por los azares de la vida han perdido de vista á Paris y han tenido que contemplar el Océano, al cambiar de espectáculo no han encontrado superioridad de infinito. Por otra parte, se pasa de la contemplación del horizonte de los hombres al horizonte de las cosas sin borrar el recuerdo. El pensamiento de ayer, que se fija tenazmente en la memoria, flota como la nube, pero es más terco. El espacio no es dueño de obrar como quiere. El viento que sopla de día y de noche, los huracanes que alternan, las tempestades y las ráfagas, no borran la silueta de las dos torres gemelas, no dispensan el arco de triunfo ni el gótico campanario, y detrás de las últimas lontananzas del abismo, al través de las espumas y de los navíos, al través de las nubes y de los vientos, se bosqueja en un fondo de brumas el inmenso fantasma de la ciudad inmóvil. Esa es la augusta aparición del desterrado. Como Paris es, no solo una ciudad, sino también una idea, posee la ubicuidad. Los parisienses tienen á Pa-

ris y al mundo también. Aunque se intentara salir de él no se podría; París es respirable. Todo el que vive, aunque no lo conozca, lo lleva en sí, y con más razón los que lo han conocido. La distracción salvaje del Océano se complica con ese recuerdo, equivalente á sus tempestades. Por fuerte que sea la tempestad que agite al mar, París ha tenido la borrasca del 93. La excavación es la misma; los techos parece que surjan de las olas, la ciudad se recompone con todo el oleaje y participa de su temblor infinito. En la exaltación de las olas parece que se oiga el ruido del hormigueo de las calles. Mirando al mar se vé á París. Las grandes calmas que se suceden en esos dos espacios no contrarían esta imaginada semejanza; los vastos olvidos que os cercan en los dos no se contradicen; el pensamiento llega á alcanzar un estado de reposo, pero un reposo que admite turbación; la espesa envol-

tura de las tinieblas deja pasar el resplandor que viene por detrás del horizonte y que es París; pensando en él se le posee y se inmiscuye indistintamente en las difusiones mudas de la meditación. La apacibilidad sublime del cielo estrellado no es suficiente para disolver en el fondo del espíritu la gran figura de la ciudad suprema. Sus monumentos, su historia, su pueblo que trabaja, sus mujeres que son diosas, sus hombres que son héroes, sus revoluciones, que empiezan coléricas y concluyen realizando una obra magistral; la omnipotencia sagrada de un torbellino de inteligencias, sus ejemplos tumultuosos, su juventud; todo esto lo vé el que está ausente, y París permanece inmóvil, insubmersible é imborrable hasta para el hombre que vive en la oscuridad y que pasa las noches contemplando la serenidad eterna.

Noviembre, 1875.



EN EL DESTIERRO

1852

Principio del destierro.-Bélgica.-Partida de
Bélgica.-Inglaterra.-Llegada
á Jersey.-Declaración de guerra de los proscritos al imperio.-Fraternidad
de los vencidos de Francia y de los vencidos de Polonia.

I.

Al dejar la Bélgica.

Amberes 1.º Agosto 1852.

Hermanos proscritos, amigos belgas:
Al responder á las cordiales frases que me habeis dirigido, permitidme que no os hable de mí y que las olvide. Nada importa lo que me sucede. Me desterraron de Francia por haber combatido la emboscada del 2 de Diciembre y por haber desenmascarado á la traición, y ahora me destierran de Bélgica por haber escrito *Napoleon el Pequeño*. Me han desterrado dos veces, primero de París y despues de Bruselas; el crimen se defiende; esto es natural. Como cumplí mi deber, continuaré cumpliéndolo. Siento tener que separarme de vosotros, pero en esta época nos toca sufrir y sacrificarnos.

Permitidme que no me ocupe de lo

que á mí me atañe y sí en dar las gracias á Madier-Montjau por sus generosas efusiones, á Charras por sus grandiosas frases, á Deschanel por su noble elocuencia, á Dessoubs y Agricol Perdignier por su cariñoso adios, y á todos vosotros, amigos míos de Bélgica, por las fraternales simpatías que con tanta firmeza me habeis expresado: en el momento de abandonar esta tierra hospitalaria, en el momento de separarnos, quizás para no volvernos á ver, permitidme que lance mi última maldición á Luis Bonaparte y mi última aclamación á la República.

Viva la República, amigos míos!

(Este grito lo repite la multitud. Despues el orador continúa.)

Hay muchos que pretenden que ha muerto la República. Pues bien, si ha muerto, el mundo, que está absorbido en el amodorramiento alegre y brutal de los intereses materiales, que vuelva un momento la cabeza y que mire cómo el destierro saluda su tumba.